

gloria, entre Pegaso y la Muerte, colocan una corona sobre su cadáver (1). Hasta en el sepulcro del Papa Sixto IV, mandado construir por su sobrino Juliano della Róvere, se encuentra una mezcla de imágenes cristianas y paganas, como transición a una manera de concebir enteramente mundana (2). Pero, por lo común, los papas del siglo xv todavía mantuvieron al arte dentro de los convenientes límites, mientras en Florencia se manifestaban ya muchos abusos (3).

Tales extravíos, que, a la verdad, no se hicieron frecuentes hasta más adelante, explican suficientemente ciertas expresiones de Savonarola, por otra parte no exentas de exageración. La justicia de su oposición fué reconocida aun por muchos pintores, y, en general, el elocuente dominico ejerció una influencia profunda en toda una serie de artistas.

En el convento de San Marcos trabajaban entonces los miniaturistas Benedetto, Filippo Lapacino y Eustaquio, los pintores Agustín di Paolo del Mugello, Agustín de' Macconi, Andrés de Florencia y, sobre todo, Fra Bartolomeo della Porta; finalmente, los arquitectos Doménico di Paolo y Francisco di Prato y, además, dos de la familia della Robbia. Pero también fuera del convento era muy grande el número de los artistas que pueden designarse como partidarios de Savonarola. Baste mencionar aquí a los pintores Sandro Botticelli y Lorenzo di Credi, los cuales quemaron, lo propio que Fra Bartolomeo, sus estudios del desnudo; y además Perugino, luego el arquitecto Crónaca y los escultores Baccio da Monte Lupo, Ferrucci, Baccio Baldini, Juan delle Corniole, Sandro Botticelli y, sobre todo, Miguel Angel. En una serie de obras de arte producidas entonces, se puede señalar con certidumbre la influencia de Savonarola (4). Puédese decir esto principalmente de

(1) Estos bajos relieves se hallan ahora en el Louvre de París.

(2) Cf. Gregorovius, *Die Grabmäler der römischen Päpste* (1857) 101 ss. y nuestras indicaciones, vol. IV, pág. 443.

(3) Müntz, *Précurseurs* 224. «En thèse générale les papes montraient une réserve excessive vis-à-vis des beaux-arts. On chercherait vainement à Rome ces compositions mythologiques, qui remplissaient dès-lors les palais de Florence.»

(4) Bode, 222-223. Cf. Woltmann, II, 602. Schultze, *S. Marco*, 61. P. Marchese, *Memorie dei più insigni Pittori, Scultori e Architetti domenicani*, I (ed. IV), 512 ss. Müntz, *Précurseurs*, 231-232. Kraus, *Dante*, 607 s. Steinmann, *Botticelli*, 26 s., y el *Madonnenideal* de Michelangelo en la *Zeitschr. f. bild. Künste*. 1896, 169 s., 201 s. Como Farinelli (*Rassegna bibliograf. d. lett. ital.*

las conmovedoras esculturas de Juan della Robbia, que representan el llanto sobre el Salvador difunto. La muerte de Cristo, la lamentación sobre el Salvador difunto, que Savonarola describía en sus sermones con tan penetrativas frases, no se han representado en Florencia en ninguna época con tanta frecuencia como entonces. Pedro Perugino, en los últimos años del siglo xv, cultivó casi exclusivamente tales asuntos; el magnífico fresco monumental de la Crucifixión, en la sala capitular de Santa María Maddalena dei Pazzi; el Descendimiento, en el palacio Pitti; la Oración en el Huerto, el Crucifijo, la Pietà, en la Academia de Florencia, proceden todos de los años 1494-1497. Casi a la misma época pertenecen las representaciones del Descendimiento, de Miguel Angel, que se halla en la Galería Nacional de Londres, y de Sandro Botticelli y Filippino Lippi en la Pinacoteca de Munich; algo más tarde se ejecutó la Pietà, de Andrés Sansovino, en S. Spirito, y se encargó a Filippino el gran Descendimiento que se halla en la Academia de Florencia, y no fué concluido hasta 1504 por Perugino. Por el mismo tiempo se originaron el fresco del Juicio Final, de Fra Bartolomeo, para Santa María Nuova, y la incomparable Pietà de Miguel Angel, de San Pedro de Roma, que pertenece a la misma tendencia artística (1).

El acentuar la gravedad en la pintura religiosa, y asimismo el regreso a la sencillez y llaneza de la forma y colorido, fué sin duda alguna meritorio, en consideración al peligro de ciertas tendencias artísticas de aquella época hacia un exagerado naturalismo y un detallismo barroco; sin embargo, falta en las más de aquellas obras de arte la natural frescura e ingenuidad; en una palabra, la verdad intrínseca que, por otra parte, solemos admirar en los pintores del siglo xv. En cambio las obras de aquellos artistas aparecen muchas veces forzadas y exageradas en su misma gravedad (2).

Por lo demás, esta dirección del arte correspondió al carácter general de la influencia de Savonarola, principalmente a su impe-

IV, 242), soy también yo de opinión, que Steinmann en la última memoria va a veces demasiado lejos.

(1) Bode, 224; cf. Ulmann, *Botticelli*, 144 s. Steinmann, *Botticelli*, 85, *Repertorium f. Kunstwissenschaft*, XX, 428.

(2) Bode, 225; cf. Ulmann, *Botticelli*, 140, 146.

tuosa, y en parte exagerada, acción reformativa en el terreno de la vida civil.

Los éxitos que obtuvo en Florencia desde 1495, en particular por medio de sus sermones morales, fueron de momento enteramente extraordinarios. Las elocuentes palabras con que condenaba la ociosidad y los vicios, excitaba al verdadero amor de Dios y del prójimo, y exhortaba principalmente á los niños á la frecuente recepción de los Santos Sacramentos y á la íntima veneración de la Santísima Virgen, ejercieron, por de pronto, grande influjo; de suerte que el aspecto de aquella liviana ciudad parecía como trocado. Las mujeres deponían sus ricos adornos, se vestían con sencillez y andaban con recato; los jóvenes licenciosos se habían hecho de una vez modestos y devotos; los mortales enemigos se abrazaban; los banqueros y mercaderes restituían voluntariamente los bienes injustamente adquiridos, suspendíanse las fiestas y los juegos. Las inmorales canciones del Carnaval cedían su lugar á los cánticos sagrados; las iglesias estaban repletas, aumentaba considerablemente la recepción de los Santos Sacramentos y las limosnas se distribuían con más abundancia que nunca. El número de los frailes de San Marcos subió desde 50 á 238, y entre los nuevamente admitidos se hallaban hijos de las principales familias, y asimismo hombres de edad madura y gran fama en las letras, la ciencia y la política, como Pandolfo Rucellai, Jorge Vespucci, Zanobi Acciaiuoli, Pedro Pablo Urbino, profesor de Medicina, un maestro israelita de Pico de la Mirándola, además de otros muchos (1).

Había comenzado en Florencia una vida nueva; pero la gran cuestión era: si duraría mucho tiempo. Para su duración era, en primer lugar, pernicioso que el prior de San Marcos, en su lucha contra la corrupción fomentada por los Médici, traspasaba muchas veces, no sólo los justos límites de la prudencia, sino también los de la equidad.

Savonarola introdujo en la vida religiosa un espíritu estrecho, angustiado y exagerado, que no había conocido la Edad Media. Era un rigorista de índole parecida á la de Tertuliano; raras veces sabía mantenerse en el justo medio, y dirigiendo su atención principalmente á lo malo, incurría cada día más en el peligro de perder de vista lo mucho bueno que existía aún. No acertaba á averi-

(1) Villari, I, 362 s.

guarse con la época en que había nacido. «El Renacimiento era para él un mundo extraño, del cual no conocía sino los extremos» (1); y á estos extremos oponía él otros, que era imposible, principalmente en Florencia, que alcanzasen una permanente duración.

Savonarola quería, indudablemente con la mejor intención, apartar de la Iglesia todo lo mundano; pero en su celo apasionado, no echaba de ver que la Iglesia, por su misma naturaleza, ha de vivir en el mundo. Sin haber conocido jamás de cerca la vida práctica, trasladaba sus ideas monásticas á todas las circunstancias de la vida civil, y condenaba con excesiva dureza y parcialidad, aun cosas que eran de suyo lícitas. El continuo reproche de sus adversarios: que pretendía convertir la ciudad de Florencia en un solo monasterio, haciendo á todos sus habitantes frailes y monjas, no carecía del todo de fundamento. «Un dominico, escribía ya á 17 de Noviembre de 1494 el embajador de Mantua, ha puesto tanto temor en los habitantes, que todos se entregan á la devoción, y tres días á la semana no se alimentan sino con pan y agua, y otros dos con sólo pan y vino. Las jóvenes, y aun parte de las mujeres casadas, se retiran á los conventos, de suerte que no se ven en Florencia sino muchachos, hombres y viejas» (2). Cualquiera juicio que se forme sobre esta relación, colígese de ella que, por efecto de las predicaciones de penitencia de Savonarola, inspiradas indudablemente por el buen deseo, se produjo una excesiva irrupción de las personas del mundo en los monasterios (3). Las cosas llegaron á tal punto, que se hubieron de rebajar los derechos que pagaban al fisco los carniceros, porque amenazaba á aquella pobre gente una completa ruina. Ayunar es indudablemente una buena obra; pero semejantes ayunos eran excesivos, y, no pudiendo durar mucho tiempo, debían acarrear una reacción contraria. Aun las diversiones mundanas enteramente lícitas, prohibíalas el fraile do-

(1) Böhringer, 1033; cf. Stern, I, 277.

(2) Arch. st. Lomb. I, 331.

(3) Esto lo demuestra también la relación de Vaglianti: *Infinittissimi figliuoli d'uomini da bene lasciavano i padri loro e le loro madri e gittavansi alla religione sotto el suo mantello; e non che giovani della terra, ma cittadina e quali avevano avuto moglie e figliuoli lasciavano e loro figliuoli e facevansi frati*. Randi, *Savonarola giudicato da Piero Vaglianti cronista Fiorentino* (Firenze, 1893), 49. Simone Filipepi (Villari-Casanova, 477) menciona, que seis hermanos de la casa Strozzi entraron en religión.

minico en su indiscreto celo (1). Las morbosas exageraciones de los florentinos en el terreno religioso, bajo la dirección, incondicionalmente obedecida, de Savonarola (2), excitaron las burlas de toda Italia. Los que no simpatizaban con la nueva tendencia se lamentaban paladinamente de verse enredados, contra su voluntad, en aquel modo de proceder claramente exagerado y en muchas cosas ridículo, de suerte que, aun algunos partidarios de Savonarola, comenzaron finalmente á creer que las cosas iban demasiado lejos. Savonarola sintió la necesidad de confirmar á los suyos y refutar en un sermón las objeciones que cada día se formulaban más claramente. «Hermano: tú nos has destruído enteramente; todo el día no hacemos más que rezar y ayunar, y ayunar y rezar de nuevo; no podemos sufrirlo más; nos hemos hecho la fábula de toda Italia. Nuestros vecinos dicen burlándose: «¿No ayuna ya la gente en Florencia?» Se nos persigue por nuestros continuos ayunos. Florencia, se dice, ha vestido la cogulla, y el pueblo no es ahora sino una caterva de frailes. No podemos tolerar por más tiempo el ridículo que atrae sobre nosotros este ayunar y rezar perpetuos.—Ven acá, pues, y dime: esto que tú haces ¿es bueno ó malo? No puedes afirmar que el ayuno y la oración sea algo malo; y puesto que son buenos, continúa por este camino y deja hablar á la gente» (3).

Los medios que recomendaba Savonarola para la realización de su reforma eran, conforme al espíritu de la época, de muy rigurosa índole. Los jugadores públicos debían ser inmediatamente castigados con tormento, y á los blasfemos se les debía perforar la lengua (4). Con toda severidad reclamaba Savonarola el espionaje de los servidores contra los amos de casa, y, generalmente, no se arredró ante ningún ataque contra la libertad de la vida privada, tan estimada siempre en Florencia. Los más repugnantes

(1) Cf. Gaspari, II, 199 y 664, donde está citado un notable pasaje de D. Gianotti. Este testimonio de un hombre, que por otra parte apreciaba mucho á Savonarola, muestra lo erradas que andan las tentativas, hechas también en este punto por los modernos apologistas de Savonarola, para justificarle.

(2) Todo lo que decía Savonarola, escribe Piero Vaglianti, era considerado por sus parciales, como Evangelio, y había muchos, que creían más á él, que si hubiese hablado el mismo S. Pablo. Rivista delle biblioteche dir. di G. Biagi, IV, 52.

(3) Perrens, 265-266.

(4) Böhringer, 853-854; cf. Pastor, Zur Beurtheilung Savonarola's, 54 s.

medios de fuerza, el espionaje y las denuncias, debían contribuir juntamente para entablar en la vida de todos los ciudadanos una perfección que, en tan alto grado, nunca será posible sino para pocos. Que Savonarola, por causa de su parcialidad y estrechez de corazón, era en el fondo el hombre menos á propósito (1) para obtener una efectiva y durable mudanza en la manera de vivir de sus conciudadanos, por ventura ninguna otra cosa lo muestra más claramente que el hecho de haber puesto toda su tiránica policía en manos de inexpertos muchachos.

Estos inquisidores, en quien miraba Savonarola los santos ciudadanos del porvenir, debían recorrer la ciudad por todas partes, para perseguir á los viciosos. Su jurisdicción se extendía hasta las jóvenes y mujeres, y aun contra las mujerzuelas de mala vida (2). Llevando largos palos en las manos, exigían, con grande importunidad, de todos los transeuntes, limosnas para fines piadosos (3). Se dió el caso de que aquellos muchachos penetraran á viva fuerza en las casas, quitaran á los jugadores las cartas y dados y aun el mismo dinero, confiscándoles las harpas, laúdes, perfumes olorosos, juegos, máscaras y obras poéticas, para llevarlas al quemadero. El descontento por estas intolerables vejaciones aumentaba de día en día; pero Savonarola se burlaba de ello; y como muchos ciudadanos, haciendo uso de su derecho contra los muchachos que se

(1) Juicio de Burckhard, II, 249 s., quien advierte: «Lo que más tarde logró dificultosamente Calvino en Ginebra, con su férrea energía y manteniendo por fuera la ciudad en permanente estado de sitio, es á saber: la transformación de la vida pública y privada, no debía en Florencia pasar de intento, y como tal, había de exacerbar en extremo á los adversarios.»

(2) Schnitzer, 552 aduce esto último sin reprenderlo, citando la Pred. sup. Amos f. XCVIII^o, CIV^o. Si Schnitzer cree además, que era imposible que la policía pueril pudiese ser tan tiránica, por estar puesta en manos de muchachos que todavía no habían llegado á la edad de la razón, causa maravilla que en este punto ignore el testimonio de Landucci, por mí aducido (Zur Beurtheilung Savonarola's, 55, not. 1). Este apasionado partidario de Savonarola dice expresamente (Diario, 127), que quien hacía resistencia á la policía pueril, corría riesgo de perder la vida. Estas violencias eran inminentes no directamente de parte de los niños, sino de sus partidarios y defensores. F. X. Kraus (Lit. Rundschau, 1898, p. 68) llama á la policía pueril de Savonarola «propiamente insensata». También la crónica de Simone Filipepi, tan exaltado parcial de Savonarola, editada recientemente por Villari-Casanova, refiere lo siguiente (477): Li fanciulli così reformati tenevano in terrore tutti i ribaldi della plebe..., essi andavano, discorrendo et perseguitando giuocatori et simili altri ribaldi con tanto zelo et spirito che non si poteva resistere all' impeto loro.

(3) Cf. la relación de Somenzi en el Arch. st. ital. N. S. XVIII, 8-9.

presentaban con tanta arrogancia, los rechazaran á palos, dióles Savonarola guardia para su defensa. El fanatismo de los niños y de sus custodios aumentó hasta tal punto, según lo atestigua hasta un tan entusiasta venerador de Savonarola como el cronista Landucci, que cualquiera que hacía contradicción á aquella policía del nuevo profeta, que lo enseñoreaba todo con poder dictatorial (1), se ponía en peligro de perder la vida (2). A pesar de este terrorismo, á pesar de las inflamadas predicaciones del prior de San Marcos, nunca se sujetó, con todo, al nuevo régimen sino una parte de los florentinos. La lucha de los partidos, cuyas olas habían de tragar al reformador, aumentaba de día en día, y las circunstancias se hacían cada vez más violentas é intolerables. En lugar de la prometida paz, toda Florencia y cada una de sus familias se hallaban desgarradas por las luchas y el desasosiego.

«En todas las casas (lamentaban los exacerbados adversarios de Savonarola), se había encendido la discordia. El varón y la mujer, el padre y el hijo; todos, en una palabra, peleaban entre sí. Todo el día se oían terribles amenazas: la suegra echaba de su casa á la nuera, el marido á su mujer, y sólo estaban de acuerdo en vivir separados unos de otros. Las mujeres escribían secretamente á Savonarola, para descubrirle los planes que sus maridos tramaban contra él.» Los padres abandonaban á sus hijos para entrar en un monasterio, y desde la media noche las mujeres acudían medio locas á la catedral, contendían allí con los adversarios del profeta, y decían que era la verdadera luz, y quien no le creyera, un hereje (3). No hacían sino repetir lo que Savonarola había dicho innumerables veces sobre su divina misión.

No parece muy conforme con semejante vocación, la manera de predicar que desde el principio usaba no pocas veces Savonarola. Reprendía á los florentinos diciéndoles: «Vuestra vida es una vida de puercos.» Los príncipes que invadirían á Italia, los representaba como barberos con grandes navajas de afeitar; y las calamidades que acarrearían, como una ensalada de borrajás, amargas para el gusto; la reforma de las costumbres como un

(1) Cf. Sanuto, I, 79.

(2) Cf. arriba pág. 225, n. 2.

(3) Perrens, 210. Cf. la pintura que hace Vaglianti en la Riv. delle bibliot. IV, 53, 61. V. también Hase, 35.

molino de donde saldría la harina de la sabiduría. Después de tales predicaciones se conducían sus partidarios de muy extraña manera, y llamaban á esto «hacerse loco por amor de Cristo» (1). Aun la llamada «quemazón de las vanidades», revistió un carácter trivial y demasíadamente teatral. Al poner fuego en la hoguera, salía al balcón la Señoría, resonaban las campanas del Palazzo Vecchio, llenábase el aire de cánticos y sonidos de trompetas, y luego se dirigía la gente á la plaza de San Marcos para celebrar allí una fiesta de la mayor locura (*maggior pazzia*), como la llamaba el mismo Savonarola. Formaban tres círculos; en el más interior los Dominicos de San Marcos, alternando con niños vestidos de ángeles, luego los clérigos jóvenes y los legos, y en el círculo extremo los ancianos, ciudadanos y sacerdotes. Todos llevaban coronas en la cabeza, y entonces ejecutaban en la plaza una danza (2).

Savonarola no se percataba de la ridiculez de semejantes medios, antes bien defendía aquellas extrañas danzas alegando el ejemplo de David, y anunciaba que en breve se verían otras cosas todavía mucho más extraordinarias (3). No pensaba que el morboso acrecentamiento y exageración del indiscreto sentimiento religioso había de dar lugar al agotamiento, y no conoció tampoco que la violencia de su proceder debía excitar una reacción contraria. Uno de los lados más inconvenientes de la conducta de los partidarios de Savonarola consistía, en que formaban á manera de una Iglesia dentro de la Iglesia; y este género de separación era ya propiamente el paso primero hacia la formación de una Iglesia nacional, que se hubiera seguido indudablemente, de haber durado más largo tiempo aquel orden de cosas (4).

(1) Hase, 125; cf. 32.

(2) Burckhardt, II^o, 251. Perrens, 267 s.; cf. Hase, 84 s. Estos procedimientos de los partidarios de Savonarola recuerdan en muchas cosas los del Ejército de salvación, de nuestra época. Heyck (Die Mediceer. Bielefeld, 1897, p. 118), emite un juicio todavía más duro, pues hasta habla de «escenas propias de derviches». Spectator (Allg. Zeitung, 1898, supl. 143), al tratar de las fiestas de los fanciulli (muchachos), hace reparar la futilidad y nadería de todo este negocio y el tránsito de lo sublime á lo ridículo, y cita una carta de una monja, recientemente impresa como Nozze-publication, la cual no he podido ver, en la que la misma ruego á Savonarola, se interese por el corte y medida de las sayas de sus pensionistas.

(3) Perrens, 268.

(4) Juicio de Burckhardt, II^o, 246, en el cual me afirmo, á pesar de lo que dice Schnitzer, 554, quien también aquí pasa en silencio los puntos flacos de

La misma morbosa *exageración*, la misma estrechez y limitación de criterio, manifestó Savonarola cuando salió del terreno moral y entró en el político, como vino á suceder muy pronto. También aquí, entregándose á las alucinaciones de su excitada fantasía, se hizo pasar como profeta divino. No conoció poco ni mucho cuán inconveniente era, que en sus profecías hiciese hablar á Dios, en gran parte desde el punto de vista de los florentinos, acerca del monarca francés, sobre la grandeza de la ciudad, el vencimiento de todos sus enemigos y la reconquista de Pisa. Hasta llegó á aplicar á aquellos vaticinios suyos, lo que Cristo había dicho de sus palabras: que ni una tilde faltaría ó quedaría sin cumplir. Es menester considerar además, que no se trataba allí en manera alguna solamente de profecías relativas al desenvolvimiento del reino de Dios; sino con frecuencia de cosas muy exteriores y meramente políticas, como el futuro poderío de Florencia, la reconquista de Pisa, etc., y ni aun arredró á Savonarola lo más mínimo, ver que muchos de sus vaticinios no se realizaban (1).

La jefatura política de Savonarola, su acción en un terreno totalmente extraño á la vocación religiosa, junto con el papel de profeta que desempeñaba, no sólo le sacó de los rieles del ministerio propiamente eclesiástico, sino le fué empujando incesantemente hacia el abismo, donde por fin se había de precipitar. No puede negarse que el fraile de San Marcos, no solamente desperdició con su proceder las pasiones políticas, sino inflamóse él mismo hasta llegar á un político fanatismo (2).

Hasta admiradores incondicionales de Savonarola se ven obligados á confesar, que no pocas veces se dejó arrastrar en el púlpito á un lenguaje que no cuadraba en ninguna manera á un mi-

Savonarola. Cuán lejos se deje llevar este autor por su celo apologético, lo demuestra la siguiente afirmación, que al mismo tiempo encierra gran desconocimiento de la vocación del predicador: «En tales circunstancias era ciertamente muy fácil de entender, que el Estado amenazado en su existencia conminase con gravísimos castigos contra todo ataque á la libertad felizmente alcanzada, y por tanto estaba realmente del todo justificado [puesto por Schnitzer con letras más separadas], el que Savonarola exhortase á los fieles, á que no usasen de clemencia con los que se hiciesen culpables de alta traición, sino que los hiciesen pedazos sin misericordia».

(1) Böhlinger, 881-886.

(2) Juicio de Schwab en el Bonner Theol. Lit.-Bl., IV, 902. Cf. también Grisar, 396.

nistro de la paz. Así decía en un sermón contra los llamados parlamentos, ó tumultuarias asambleas populares de que tantas veces habían abusado los Médici: «Cualquiera que convoque un parlamento semejante debe, si es miembro de la Señoría, ser decapitado; y cualquier otro ser declarado rebelde y despojado de sus bienes. Si los *signori* quieren celebrar un parlamento, cualquiera puede sin pecado hacerlos pedazos.» Era el 28 de Julio de 1495 cuando Savonarola llegó á tales extremos en su político apasionamiento; catorce días después su propuesta recibía fuerza de ley. Cuando en Octubre, después de la marcha de Carlos VIII, intentaron los Médici regresar á Florencia, Savonarola, con el crucifijo en la mano, pidió la muerte para todos aquellos sin excepción, que quisieran volver á establecer la tiranía. Inmediatamente se promulgó una ley que de nuevo ponía á precio la cabeza de los Médici, y contenía como una general convocación á las armas (1).

Pero el hombre que hacía tales proposiciones y obtenía su sanción, reclamaba para sí el derecho de ser inmediato intérprete de la divina voluntad, aun en los asuntos de la administración pública. Su fin era establecer en Florencia un Gobierno teocrático, como el que habían tenido los judíos en la época de los Jueces. Por esto sus ideas religiosas tomaban forma política y pretendía substituir el principio monárquico por el democrático bajo la inmediata influencia de la Divinidad; Savonarola, como otro nuevo Daniel, debía comunicar al pueblo florentino las respuestas y ordenaciones divinas (2). Florencia á fines del siglo xv no se hallaba en estado de tolerar por largo tiempo una teocracia semejante, en la cual sería finalmente Savonarola la última instancia como intérprete de la voluntad divina, y constituiría el principio monárquico, vindicando para sí cierto modo de infalibilidad. En esto se encerraba el peligro, aun para todas sus instituciones eclesiásticas en Florencia (3).

(1) Villari, I, 309, 388.

(2) Marchese, I, 181.

(3) Frantz, Sixtus IV, 88 s. Brosch (Deutsche Zeitschr. für Geschichtswissenschaft, 1898, II, 268) hace notar también la imposibilidad de transformar á Florencia, de un modo duradero, en un Estado teocrático. Por lo demás, yerra Brosch al suponer que he puesto en duda la ortodoxia católico-romana de Savonarola; al contrario, ya en la edición anterior, señalé como del todo inadmi-